

UN EDIPO MÁS

Cecilia Sinay Millonschik

La interpretación clásica que hace de Edipo el Psicoanálisis es una interpretación anacrónica. La hace Freud, a comienzos del 1900, absolutamente imbuido del espíritu de su tiempo, con una historia larga de judeocristianismo, con una concepción del hombre del libre albedrío y con un marco teórico-científico fuertemente positivista. Pero para ello toma un mito griego, de otro tiempo y con otra filosofía (la trágica y politeísta). Si, por añadidura, seguimos las enseñanzas del maestro y le asignamos al mito, como nos enseñó él para los sueños, la posibilidad de un contenido latente detrás del manifiesto, tal vez no deberíamos quedarnos con el mito tal como se nos cuenta. Una de las interpretaciones posibles, una de las muchas, porque hay muchísimas, es la que ahora quiero presentarles. Es una interpretación que intenta acercarse más a una concepción (cosmovisión) trágico- darwiniana que a una de pulsiones y libre albedrío.

Nos recuerdo, brevemente, el asunto. Edipo nace y, por una larga historia que viene de sus ancestros del lado paterno, probablemente materno también, está condenado a morir. A su padre el Oráculo le ha dicho que va a tener un hijo que va a desposar a su madre y lo va a matar a él. Por lo tanto, cuando Yocasta lo embriaga para quedar embarazada, él (Layo) decide que mandará matar a ese hijo. Cuando nace Edipo, quien lo lleva para ser muerto se compadece de él y el niño termina adoptado: Edipo es un hijo adoptado. Cuando llega un momento de su vida en que quiere saber acerca de su destino, va a consultar al Oráculo. Y el Oráculo le dice que él va a matar a su padre y a desposar a su madre.

Incluyo, ahora algunos aspectos menos visibles, quizás, de la historia. Al escuchar la profecía del Oráculo, Edipo (que no sabe que es adoptado), como un buen judeocristiano, se va de su Patria. Pero como es un héroe trágico (lo que implica el no saber y no ser dueño de su destino, nada de libre albedrío: es manejado por los dioses o el destino) se va y en el camino de su destierro se encuentra con la Esfinge que le pregunta: “¿Cuál es el animal que a la mañana anda en cuatro patas, al mediodía en dos y a la tarde en tres?” Y él responde: “ese animal es el hombre” (aludiendo al ciclo vital: gatea, camina, se apoya en un bastón). O sea, Edipo sabe del ciclo vital, tanto lo sabe

que consiguiera que la Esfinge se tirara del monte hacia abajo y se suicidara, destino que le correspondía si alguien adivinaba su enigma.

Habiendo salvado a Tebas de ese monstruo que se llevaba la vida de los jóvenes, se cruza con un fulano que le pasa el carro por arriba del pie (pie que ya venía dañado, como lo indica su nombre: Edipo, ya que de allí lo habían colgado cuando lo iban a matar); nuestro héroe se enfurece y mata al que le pasa por arriba y a otros más y sigue su camino.

Llega a Tebas donde, casualmente, la reina ha quedado viuda. Lo reciben con todos los honores porque los ha salvado de la Esfinge y le piden que sea soberano de Tebas, puesto que el soberano ha muerto y la reina ya vemos en qué estado se encuentra. Edipo, como buen judeocristiano, se casa con la viuda y gobierna Tebas. El resto ya es sabido.

Curiosamente, también, entre las muchas barrabasadas que hace Edipo, desmiente lo que le adivinó a la Esfinge porque, al casarse con su madre y tener hijos con ella, esto (el incesto) –como dicen Les Luthiers– “trae larga secuela: de sus propios hijos Yocasta es abuela”. O sea: es un salto generacional, es una alteración del transcurso de las generaciones. Es decir: altera y desconoce el ciclo vital, que es lo que él le adivinó a la Esfinge. Cuando, finalmente, la emprende contra sus ojos, no hace más que consumir lo que ya venía sucediendo: Edipo está ciego de movida.

Eso es un héroe trágico. Sabe, sabe, sabe; pero lo esencial, no lo sabe. Esto es el ser humano.

Yo creo que el Edipo (como cualquier mito, ya que el mito está siempre en gerundio: queriendo decir, pero no habiendo dicho nunca acabadamente, nada) se interpreta: admite otra explicación y otra, y otra. Intento una. Y la que intento está estrechamente vinculada con mi hipótesis acerca de la dialéctica sujeto–objeto del humano. Considero que el humano es objeto y no sujeto de los acontecimientos más importantes de su existir. Es objeto de nacer y de morir, de su constitución biológica, del lugar en que le tocó asomar a la faz de la tierra, de su sexo... Le quedan algunos pocos detalles de los que puede ser sujeto. Pero esa condición de sujeto de unos pocos detalles sólo puede conquistarla si reconoce su condición de objeto en lo esencial. Si no es probable que, queriendo erigirse en sujeto de lo imposible, en actor de lo que es marioneta, cometa el más claro desliz de este fatal error: el suicidio. En efecto, el suicida es el único humano que no muere: se mata. Con lo cual pasa a ser sujeto y no objeto de su muerte. Trágico destino, en grande o en pequeño, de todas las automutilaciones reales o simbólicas con

las que el hombre equivoca su camino cuando pretende erigirse en sujeto de aquello de lo que es objeto y, por ende, no conquistar su cualidad de sujeto de aquello de lo que puede serlo. Se supone que el hombre es el único animal que sabe de su muerte. Tan frágil y tan consciente de su fragilidad. Hueso duro. Se considera que el hombre es hombre a partir del momento en que entierra sus muertos (allá por el Australopithecus). Allí, el hombre muestra su sentir religioso, sus conjeturas acerca de otra vida después de la muerte, su capacidad de abstracción, su equiparación muerte-renacimiento, su acceso al símbolo (conservar la cosa cuando la cosa no está), su preocupación por su muerte individual y no por el destino de su especie; allí el hombre se separa en cuerpo y alma.

El Psicoanálisis tiene algunas hipótesis que le permiten saber negar. La del parricidio edípico es una de ellas. Si me puedo sentir culpable de que mi padre muera porque, en mi fantasía, yo lo maté; yo soy sujeto y no objeto de la Muerte. Así creo yo que es. Lo mismo pienso de la escasa consideración que se hace de la muerte, salvo para llamarla una pulsión, con lo cual queda desdibujado –otra vez– si soy sujeto u objeto de la Muerte. Ya está dicho: hasta puede matar o suicidarse el hombre para lograrlo.

Pero volvamos a Edipo. Creo que todo hijo que nace da muerte a su padre. En el terreno de lo humano, que es el de la metáfora, nada como tener un hijo (o que mueran los propios padres) nos asoma tan descarnadamente a nuestra propia mortalidad y al abismo de las generaciones. A partir de ese momento sabemos, en sangre y vida, que el asunto no tiene vuelta atrás. A la vez, todo padre que tiene un hijo le da la muerte; quiero decir: sólo puede hacerlo mortal. Le da la vida y, junto con ella, la muerte. Si no tolera esa dualidad y pretende darle un legado unívoco, habrá sólo una forma de cumplirlo: darle muerte. Darle sólo vida no está dentro de sus posibilidades. Es en este sentido en el que me gusta decir que todo hijo que nace da muerte a su padre y todo padre que tiene un hijo le da la muerte.

Los dioses, las moiras, el destino, los genes, el azar, la naturaleza, quién sabe qué, así lo ha dispuesto. Y el hombre parece ser el único animal que lo sabe–ignora. He ahí su tragedia.

Hasta aquí lo trágico. Ahora quiero explicar lo darwiniano.

Todo lo “psi” tiene que ver con el desencuentro y el encuentro, las armonías y desarmonías, entre la tremenda capacidad de ideación humana y la noción, conocida-desconocida, que tiene de la falibilidad de su cuerpo, de su biología.

Toda lucha a muerte siempre es por la supervivencia. Nadie mata si no es para sobrevivir. Sólo que en el humano la supervivencia tiene características particulares. No

sólo tiene que matar seres vivos para comer, como cualquier animal de cualquier especie, sino que tiene que matar para sobrevivir psíquicamente. Por supuesto, no es que andemos matando para sobrevivir psíquicamente, no es literal. Lo digo así porque así es fuerte y se entiende lo que quiero decir.

Toda vez que yo mato, es para no morir. Es una forma muy sofisticada de lucha por la supervivencia. Toda vez que alguien mata, alguien muere. Y el que es sujeto de matar, obviamente, no es objeto de morir. Entonces, cada vez que uno mata se refuerza como siendo el no muriente. Uno es la muerte y no el objeto de la muerte.

Darwin (a mi juicio etólogo antes de la etología) concluye que las especies que han sobrevivido son las que han resultado mejor adaptadas a lo largo de la evolución. El humano, tal como somos actualmente, es –aparentemente- una especie que ha sobrevivido. O sea, que está conformada de modo tal que ha logrado permanecer con éxito en su tiempo de evolución. Qué quiere decir de modo tal. Eso quiere decir algo muy complejo. Pero, para poder llegar a algún lado en esta presentación, no me queda más remedio que esquematizar. Y de lo que voy a intentar ocuparme es de tratar de responder al interrogante que siempre se me presenta cuando pienso en estos asuntos: ¿Qué función cumple el Psiquismo en la capacidad de adaptación humana?

Mi hipótesis es que el Psiquismo desempeña un papel importante como articulador, bisagra, buffer, o algo así, entre el Cuerpo y la Capacidad de Abstracción.

Por alguna razón desconocida, el humano tiene una capacidad de abstracción única en el reino animal. No sabemos qué es lo que hizo que esto sucediera (“fulguraciones”, lo llama Lorenz) pero, así como hay animales que vuelan, otros que nadan, algunos que reptan, etc., el hombre es un animal que piensa. Piensa muchísimas cosas, pero la que aquí me interesa especialmente es que es capaz de pensar en cosas que serían fuente intolerable de angustia. Puede pensar que es frágil y mortal, puede pensar en su devenir y en su futuro. Puede pensar y saber que sus padres, él, sus hijos, sus nietos...son objeto de la muerte.

Para mí, los dos conocimientos que más pueden desesperar al hombre son el de su desconocimiento y el de su fragilidad y finitud.

Y es aquí donde creo que entra a jugar el Psiquismo, al que no sé si colocar en el terreno de la capacidad de abstracción, del cuerpo, de los afectos, o como alguna especie de red entre todo ello. Lo que sí tengo claro es qué función creo que cumple.

Me parece que el Psiquismo es como una especie de pupila que se abre o se cierra de acuerdo con el grado de conocimiento que podemos tolerar sin desintegrarnos o

sucumbir. Sabemos- no sabemos cantidades de información. El Psiquismo es el artífice que se las tiene que ver con este saber- no saber y con alguna dosis o proporción de las partes en ese juego dialéctico.

Si pienso en pupila, no estoy pensando en represión. No estoy pensando en sadismo ni en culpa ni en pulsiones contrapuestas. Estoy pensando en que lo que no está presente (llamémoslo consciente) es porque la pupila se ocupó de no dejarlo entrar o de distorsionarlo lo suficiente como para que sea tolerable.

A veces, la pupila deja pasar el parricidio, o el filicidio, pero no la Muerte. Todos los mecanismos de defensa me parecen solidarios con esta tarea. Saber- negar es un gran consuelo. También un gran riesgo.

Pero volvamos a Edipo. Como una variable más quiero decir que hay malas lenguas que nos informan que Edipo Rey y las Orestíadas no funcionaban en el teatro como la famosa catarsis, sino como un modo de “bajar línea” o como “formadores de opinión”; en este caso, anoticiando al público acerca de las bondades del fortalecimiento del patriarcado y de lo nefasto del fuerte lazo madre-hijo.

La interpretación parricidio-filicidio, como dije, me parece defensiva, por eso digo que nos falta el contenido latente, para el que no necesitaríamos, desde este punto de vista, hipótesis de pulsiones destructivas o incestuosas. Detrás de los crímenes está el dolor de la condición humana, inexorable; de la Muerte, dueña y señora; del saber-no saber; de la insoportable levedad del ser.

Digo, una vez más, que todo hijo que nace da muerte a su padre y que todo padre que tiene un hijo le da la muerte.

Así es como me gusta pensarlo. Pero, insisto, nadie tiene por qué pensarlo a mi modo.

Es sólo para decir que caben muchos modos de pensarlo. Cada quien, con el modelo que le presten su cosmovisión, su vida y su tiempo.

Bibliografía

Ariés, Ph. *La muerte en Occidente*. Barcelona: Argos Vergara, 1982.

- *Homeno diante da morte*. Río de Janeiro: Francisco Alvez Editora, 1982.
- Darwin, Ch. *El origen de las especies por la selección natural*. Madrid: Librería Bergara, 1936.
- *El origen del hombre*. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1939.
- Dawkins, R. *El gen egoísta*. Barcelona: Labor, 1979.
- Lorenz, K. *La otra cara del espejo*. Barcelona: Plaza y Janés, 1974.
- *Sobre la agresión: el pretendido mal*. México: Siglo XXI, 1978.
- y Leyhausen, P. *Biología del comportamiento: raíces instintivas de la agresión, el miedo y la libertad*. México: Siglo XXI, 1979.
- Morin, E. *El hombre y la muerte*. Barcelona: Editorial Kairós S.A., 1974.
- Sinay Millonschik, C. *Psicoanálisis y Shamanismo*. Buenos Aires. Letra Buena.1991.
- *El Psicoanálisis, esa conjetura*. Buenos Aires. Paidós. 1993.
- *El Andrógino*. Buenos Aires. Grupo Editor Latinoamericano. 1996.
- Sófocles *Edipo Rey*. Madrid: Editora Nacional, 1977.
- Thorpe, W.H. *Naturaleza animal y naturaleza humana*. Madrid: Alianza, 1980.
- Wilson, E.D. *Sociobiología. La nueva síntesis*. Barcelona: Omega, 1980.
